

Clara no puede escribir novelas

Clara no puede escribir novelas
Juan Serrano Cazorla

JSC Editor

Copyright © Del texto: Juan Serrano Cazorla, 2012-2015
www.juanserranocazorla.com
Todos los derechos reservados

Copyright © Imagen de portada: aleshin-Fotolia.com

1ª Edición: abril de 2015
ISBN: 978-84-606-7642-3
Impreso por Createspace

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra.

Índice

1. El conflicto	11
2. Decisiones novelescas	21
3. El nombramiento	27
4. Los diálogos de la novela	34
5. El instituto de Clara	39
6. La mejor amiga de Clara	51
7. Clara en la oscuridad	63
8. Los padres de Clara	68
9. De fiesta	77
10. El dilema	90
11. La peluquera	94
12. Clara aprende sola	101
13. La cita con Albert	104
14. La sorpresa de Elsa	115
15. La psicopedagoga del instituto	122
16. Un apunte breve	127
17. La detective Clara	129
18. Una pérdida definitiva	135
19. La psicóloga del EAP	140
20. El Torneo de Lucha de Brazos.....	147
21. El berrinche de Albert	160
22. Percentil 98	165
23. Oscuridad tras el bello rostro	168
24. Final de trayecto	176
25. La confesión	178
26. La verdadera Clara	182
Epílogo	186
Agradecimientos	189

Esta novela está dedicada a todos los alumnos inteligentes a los que he intentado ayudar, sin demasiado éxito.

1. El conflicto

¿Te has fijado en el título de la portada? No sé qué te habrá parecido. No sé si ese título, precisamente, es lo que te ha llevado a comenzar la lectura de esta novela. Tal vez te has topado con este ejemplar en la librería de tu barrio, en la biblioteca de tu instituto o, por qué no, en el escritorio de algún amigo que tiene la sana pero extraña costumbre de devorar varios libros a la semana, y has pensado qué título más atractivo, más original, una novela con este título tiene que ser interesante, voy a comprarla o a pedirla en préstamo de inmediato, necesito saber cuanto antes qué hay detrás de este sugerente título. Así que ahora estás aquí, leyendo las primeras palabras de mi primera novela. Es una posibilidad. La escritura es un juego de posibilidades.

Otra posibilidad: te han obligado a leerla y el título te parece una bazofia. Tu profesor de lengua

ha decidido que todos sus alumnos deben leer esta novela porque es muy buena o porque está compinchado con la editorial o porque la ha escrito una adolescente o porque me conoce y quiere hacerme un favor o vete tú a saber por qué, pero lo ha decidido y ya no tienes escapatoria, pues habrá un examen sobre el libro, que valdrá un treinta por ciento de la nota final, y si no apruebas la asignatura de lengua te quedarás sin la consola o tus padres te encerrarán en casa durante un mes, y entonces adiós a tu vida social, que es tan importante para nosotros, y sobre todo ya te puedes ir olvidando de esa persona con la que has estado ligando y que está a punto de abrirte las puertas de su corazón. De modo que por eso estás leyendo esta novela y piensas Qué pesadez, qué martirio, qué complicado es ser un adolescente.

En este último caso, lo siento mucho. Nadie debería obligarnos a leer nada. Me fastidia mucho que te hayan encarcelado en estas cuatro paredes tapizadas de palabras, aunque sean mis cuatro paredes y vaya a pintarlas con esmero a lo largo de los próximos meses. La entrada debería ser voluntaria. Bueno, no te preocupes: intentaré, como mínimo, entretenerte. Voy a realizar un gran esfuerzo por hacerte la estancia acogedora y llevadera. No soporto que las personas sufran y, mucho menos, ser la causa de dicho sufrimiento. De todos modos, si te aburres o te irritas más de la cuenta, siempre

puedes abandonar la lectura y pedirle a un compañero, uno de confianza, que te resuma la novela. A veces esa estrategia funciona. Al menos a algunos de mis compañeros de clase les ha funcionado. Y si eres un profesor, una madre inquieta o un editor, quizá mi futuro editor, no sé qué decirte, esta es mi primera novela, la novela de una adolescente valiente y cabezota.

Pero mi intención era hablar del título y ya me he desviado. Qué difícil es escribir sin desviarse. Se llaman digresiones, me ha dicho mi profesor de historia. Y la de catalán me ha asegurado que es normal que en una novela haya digresiones, desvíos, pero que no hay que abusar. A la de castellano ya no le pregunto nada. Muy pronto te explicaré por qué. Pero volvamos al título. La elección del título me ha dado muchos quebraderos de cabeza. Me he pasado las noches pensando en él. Me despertaba de madrugada y enseguida se me llenaba la mente de títulos que se empujaban los unos a los otros tratando de ocupar el primer puesto de la fila, aunque aquello, más que una fila, era un batiburrillo. Me pasa a menudo: me obsesiono con algo y termino perdiendo horas de sueño. En clase, mientras el profesor de turno explicaba la lección como esos muñecos mecanizados que hacen siempre los mismos movimientos, me asaltaban los títulos y no había manera de hacerlos desaparecer, los

muy traviesos se habían empeñado en martirizarme. Afortunadamente, el baile de títulos finalizó un día en que estaba haciendo unos ejercicios de matemáticas en mi habitación (qué poco me gustan los ejercicios de matemáticas). De repente, un título con letras gigantescas ocupó toda mi mente. Del resto de títulos no quedó ni rastro. Hay que ver las cosas tan raras que hace nuestro cerebro, ¿verdad? Además de escritora, no me importaría ser psicóloga. Quizá pueda dedicarme a las dos cosas en el futuro. En fin, después de una dura batalla el título que tú ya conoces se alzó con la victoria.

A mí me parece un título magnífico, el único que era posible. Estoy muy satisfecha con él. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?, pensé aquel día dichoso mientras proyectaba mi sonrisa sobre el libro de matemáticas. Es cierto que a mi madre no le gusta. No le veo la gracia, me dice una y otra vez. Pero, claro, mi madre no sabe nada de literatura, y solo se acerca a los libros para limpiar con un trapo florido, su inseparable compañero, el polvo que se ha acumulado en los lomos y en las tapas. De abrirlos ni hablar. En cambio a Elsa, de la que podría decir que últimamente se ha convertido en mi mejor amiga, el título le encanta. Aunque a Elsa le encanta todo lo que a mí me parece bien. Ese es uno de sus defectos. A nadie más le he pedido la

opinión, pues el título es perfecto y, por tanto, no lo pienso cambiar.

Ha llegado el momento de exponer el conflicto. Mis compañeros y yo hemos estudiado ya varias veces (los libros de texto de la ESO son muy repetitivos) que una narración ha de constar de tres partes: planteamiento, nudo y desenlace. En el planteamiento se presenta a los personajes y, sobre todo, el conflicto que altera repentinamente sus vidas, normalmente la del protagonista. En el nudo de la narración, la parte más extensa, se desarrolla el conflicto. Y en el desenlace se resuelve el conflicto. Dicho así parece muy sencillo. Pero en realidad es muy complicado. De hecho, la mayoría de mis compañeros de clase son incapaces de crear una narración (me refiero a una muy breve) que presente esta estructura. Se hacen un lío tremendo. A mí, en cambio, se me da muy bien. Pero las narraciones breves ya no me interesan. Ahora necesito un reto más complejo.

Y así llegamos al conflicto, a mi conflicto. Resulta que mi nueva profesora de castellano, Violeta se llama, me ha subestimado. Violeta es una profesora interina que ha llegado a mi instituto este año. Dicen las malas lenguas que se ha presentado varias veces a las oposiciones y que nunca ha aprobado. Y digo yo, a los profesores que no aprueban ¿por qué no los echan? Bueno, tal vez sean calumnias infunda-

das. No sería justo que yo me ensañara aquí con mi profesora basándome en algo que no está demostrado. En un instituto se dicen muchísimas cosas de todo el mundo, y a lo largo de los años he podido comprobar que la mayoría son falsas, falacias, dice el diccionario que nadie consulta.

Lo que sí es cierto es que la profesora Violeta me ha subestimado. Me ignora. No me presta atención. Ella sabe que el año pasado gané un premio de literatura escolar bastante importante, y el anterior recibí un accésit en otro certamen también importante. En ambas ocasiones, todo el mundo me felicitó. La directora estaba contentísima. Decía que era un honor para el instituto que un alumno del centro destacase de esa manera (es que en el concurso del año pasado, por ejemplo, participaron adolescentes de toda Cataluña). Aunque si he de ser sincera, a mí me dio la impresión de que la directora hablaba como si los premios los hubiera ganado ella. Pero al menos me felicitó, y mis profesores también, sin excepción.

En cambio la profesora Violeta no parece concederle importancia a estos triunfos. Además, no terminan de convencerle del todo mis redacciones, y eso que yo me esmero todo lo que puedo. Todavía no he conseguido sacar más de un siete, incluso he llegado a sacar un cinco. ¡Un cinco! ¡Pero si jamás he sacado un cinco en una redacción! Así que en

cuanto vi la nota se me saltaron las lágrimas. No lo pude evitar. Se me puso un nudo en la garganta y, como me estaba quedando sin aire, tuve que pedir permiso para ir al servicio. La profesora Violeta ni se inmutó. Al final de la clase me dijo que me había puesto un cinco porque los párrafos de mi redacción, que ocupaba dos folios por las dos caras, eran demasiado extensos. A continuación añadió que no debía construir párrafos de más de cinco líneas, que hacer lo contrario era un error garrafal. ¿Un error garrafal? ¡Pero si la mayoría de libros que he leído, sobre todo los mejores, tienen párrafos larguísimo! La profesora soy yo, me dijo Violeta. Y tiene razón. Ahora bien, yo escribo los párrafos como me da la gana.

Pero eso no es todo. Aún hay más. Hace quince días le entregué a la profesora Violeta una redacción de párrafos extensos en la que explicaba que había decidido escribir una novela y que, una vez que ésta estuviera terminada, intentaría publicarla. Ya no quiero participar en más certámenes escolares. Necesito convertirme ya en una escritora de verdad. Este tipo de cosas decía yo en la que ya es mi última redacción de castellano, pues no pienso escribir ni una más este año. ¿Qué nota habrá conseguido en esta última ocasión?, te estarás preguntando. Pues otro siete. Pero esta vez el siete estaba acompañado de un maléfico párrafo de cinco líneas rojas, situa-

do al final de mi redacción, muy cerca del punto y final, en el que mi amabilísima profesora me decía que mis palabras eran arrogantes y que yo no podía escribir una novela, que una novela era algo muy difícil, un género de madurez, y que yo no estaba preparada porque era muy joven y aún tenía que aprender muchas cosas, que debía ser más humilde y seguir estudiando como hacía todo el mundo.

Esta vez no se me saltaron las lágrimas ni me quedé sin respiración ni huí como un conejillo asustado hacia el servicio. Esta vez me invadió la ira. Una ira súbita y demoledora. Más tarde, en casa, tumbada sobre mi cama, sentí un pánico horrible al recordar la intensidad de aquella ira y lo que me llevó a hacer: apoyando los codos en mi pupitre, leí varias veces el ofensivo comentario de mi profesora Violeta, la miré después como miran los esclavos a sus amos y entonces hice una bola arrugada con las hojas de mi redacción y la lancé contra su cara. En las clases de baloncesto soy un desastre. El aro y yo no nos llevamos bien. Pero, por lo visto, la ira afina la puntería. No veas la que se lió. El escándalo más grande en los tres meses que llevamos de curso. Menudo *pollo* más guapo, Clara, aunque se te va a caer el pelo, recuerdo que me dijo al final de la clase Albert, el chico de nariz respingona que se sienta a mi lado y que no para de mirarme disimuladamente los pechos. Y la directora, acom-

pañada por Eugenia, mi tutora, que no sé por qué rehuía mi mirada, me dijo en su despacho el mismo día del incidente: Estoy muy decepcionada, Clara. Tú precisamente deberías ser un ejemplo para tus compañeros. Como se trata de una falta muy grave, no me queda más remedio que expulsarte tres días y destituirte de tu cargo. Yo no dije ni mu. Todo aquello me entró por un oído y me salió por el otro. Aunque después, en mi casa, me di unos atracones de llorar enormes. Mis padres estaban asombrados. Pero no quiero hablar ahora de la opinión de mis padres. Es demasiado doloroso.

Yo soy una chica educada y comedida. Y, además, tengo mucha paciencia. Pero hay determinadas cosas que no puedo soportar por mucho tiempo. Por ejemplo, que me menosprecien y me humillen. Y, cuando alguien se pasa de la raya, es decir, cuando me menosprecia o me humilla con demasiada insistencia, entonces exploto. Exploto de verdad. Te puedo asegurar que llevo TNT en las entrañas. La mecha es larga, pero la carga explosiva que escondo podría demoler un rascacielos. Lo normal es que, cuando me sacan de quicio, el lugar donde me encuentro parezca sacudido por un terremoto de esos que suelen asolar los países lejanos y desfavorecidos. Soy así de peligrosa. Una rosa que esconde sus espinas. La profesora Violeta no lo sabía. Pero ahora ya lo sabe.

Qué le vamos a hacer, ser una adolescente es tremendamente injusto. Estar atrapada en el cuerpo de una adolescente es una injusticia. Iba a decir que es una tragedia, pero no me pega nada lo de ponerme melodramática. Las lágrimas vertidas han sido un espejismo. Cualquiera puede tener un momento de debilidad, ¿no? Eres demasiado sensible, me decía mi madre cuando era pequeña. Y sigo siéndolo. Pero ahora también tengo aguardiente en el estómago. Es uno de los regalos que me ha traído la adolescencia. El fuego me sube por la laringe y, sobrepasado el conducto lagrimal (de algo me tenían que servir las clases de naturales), me sale por los ojos. Y entonces sálvese quien pueda.

Las palabras de la profesora Violeta no me abandonan, resuenan en mi mente como pelotas encerradas en un cubo que no cesa de rodar. Hacen daño, mucho daño. Pero estoy a punto de domesticarlas. Ya he dado con la forma idónea de hacerlo. Seré poco humilde y una arrogante y todo lo que la profesora Violeta quiera. Pero voy a escribir una novela antes de que acabe el curso. De acuerdo, las adolescentes de quince años no pueden escribir novelas. Pero yo sí.

2. Decisiones novelescas

Uf, a ver si me estoy pasando de lista. Esto es más complicado de lo que pensaba. Me he pasado las tres últimas tardes haciendo esquemas y ninguno termina de gustarme. Las piezas no encajan. Parece que encajan pero yo sé que no encajan. Personajes principales, secundarios, ambientes, escenas, diálogos... Demasiados elementos en juego. Y, sobre todo, demasiadas posibilidades, demasiadas decisiones que tomar. ¿Cuánto se tarda en planificar una novela? Me he estado documentando al respecto, no te creas. Qué mejor orientación que la de los escritores experimentados. En Internet, el invento más importante de este siglo, me he encontrado de todo. Todo lo buscáis en Internet, dice a veces mi profesor de sociales, un tanto crispado. Pues claro, qué quieres que hagamos, Internet es un chollo.

Al final me he quedado con la opinión de dos escritores que ya tienen el pelo canoso y han recibido un sinfín de premios, tantos que si los apilase sería incapaz de llegar a la cima de la montaña resultante. Como no sé si puedo poner el nombre de escritores famosos en una novela (quiero decir que no sé si se enfadarían o me reclamarían derechos de imagen), creo que lo más sensato y práctico es emplear sus iniciales. Curiosamente, ambos escritores comparten las iniciales J.M. Así que, para diferenciarlos, los llamaré J.M. Primero y J.M. Segundo. El primero es mayor que el segundo y, además, ha ganado premios más importantes. De los dos se dice que podrían recibir algún día el Premio Nobel. Ojalá yo ganara algún día el Premio Nobel y la profesora Violeta viviera para verlo. Todo su cuerpo arrugado y flácido se moriría de la envidia. Pero dejémosnos de ensoñaciones absurdas.

J.M. Primero dice en una entrevista bastante antigua que a él le gusta planificar durante mucho tiempo una novela, que no comienza hasta que no tiene todos los detalles atados y que, cuando termina, se pasa muchísimo tiempo corrigiendo, hasta que todo queda perfecto. En cambio J.M. Segundo afirma, en una entrevista algo más reciente que la anterior, que cuando comienza una novela no tiene un plan previo, que no sabe exactamente lo que va

a ocurrir, que improvisa sobre la marcha, que para él escribir es un acto de descubrimiento.

En la biblioteca pública de mi barrio he intentado leer una de las novelas de J.M. Segundo. Una de más de mil páginas (las había mucho más breves, pero las dimensiones de aquel libro me impresionaron tanto que no pude resistirme a abrirlo). Fue una experiencia muy frustrante: al cabo de treinta páginas, no había entendido casi nada y encima no ocurría nada de interés. De modo que puse el tocho en una mesita de devoluciones y, a continuación, busqué una novela de J.M. Primero. Esta vez elegí una breve. ¡Menudo descubrimiento! Estuve tres horas seguidas leyendo. Se me pasó el tiempo volando. Como no terminé la lectura, pedí la novela en préstamo y me la llevé a casa. Yo nunca había leído algo así. Se trata de una novela preciosa. Dura y difícil, pero preciosa. Como comprenderás, después de esta grata experiencia decidí seguir el modelo de J.M. Primero, mi nuevo héroe literario.

Pero ¡ay!, esto de planificar una novela es muy complicado, y requiere mucho tiempo. Y tiempo de sobra es precisamente lo que yo no tengo. Como la opción de la planificación meticulosa no me ha funcionado, he decidido probar la otra opción, la del escritor aburrido, la de la improvisación. Quizá me he precipitado al juzgar a J.M. Segundo. Quizá solo el comienzo del tocho era aburrido. Quizá

tiene otras obras divertidas e interesantes. Quizá lo de improvisar da buenos frutos a determinados escritores. ¿Y si yo soy de ese tipo de escritores? ¿Y si lo que yo necesito es lanzarme al vacío e ir pintándolo poco a poco, sobre la marcha? ¿Y si en realidad soy una exploradora de abismos? Pronto lo sabré, porque he decidido improvisar, dejarme llevar por mi imaginación. Y de momento no me va nada mal. Aunque la verdad es que todavía no he contado nada interesante. Esto aún no parece una novela. Y, si lo parece, es una bastante extraña, ¿verdad?

El verdadero problema es que no sé exactamente qué contar. Llevo mucho tiempo pensando en escribir una novela (desde el curso pasado, concretamente), entusiasmada con la idea de publicar una obra que todo el mundo pudiera leer, pero me falta lo más importante: una buena historia que contar. Ideas tengo muchas, a todas horas. Pero ninguna me satisface porque, aunque al principio me dejo engañar por la euforia, pronto me doy cuenta de que son poco originales e incluso absurdas. Y, cuando se me ocurre alguna idea realmente brillante, al poco tiempo descubro que para desarrollarla adecuadamente debería saber muchas cosas que no sé y que tardaría demasiado tiempo en aprender. La profesora Violeta tiene razón: no soy capaz de escribir novelas. Por supuesto, estoy bromeando.

El hecho de que sea muy difícil escribir una novela no significa que no pueda hacerlo. Los escritores pasan por muchas dificultades antes de terminar una novela que están escribiendo. Lo he leído en las entrevistas de Internet. Por tanto, lo que me está pasando a mí es lo normal. Yo ya sabía que esto iba a ser muy difícil. Por eso me gusta.

De todos modos, el problema de la historia ya está resuelto. Lo he solucionado esta misma tarde, y ya no me pienso echar atrás. Te explico: está claro que todavía no puedo escribir novelas como la de J.M. Primero, por ejemplo. Intentarlo sería un suicidio. Un suicidio literario, quiero decir. Así que he pensado que lo mejor será escribir una novela para adolescentes. Voy a contar mis propias vivencias. Las aventuras de la exploradora Clara. Sí, para empezar una novela autobiográfica es lo más fácil y práctico. Anda que no es interesante la vida de una adolescente, y si la mía no lo es ya me encargaré yo de que parezca interesante. Mauricio, mi profe de castellano del año pasado, cómo lo echo de menos, me dijo que lo importante no es lo que se cuenta, sino cómo se cuenta. Pues eso. Está decidido.

Eso sí, para relatar mis vivencias sobre la marcha voy a tener que asignarles un nombre ficticio a todos los personajes reales. De lo contrario, podría tener problemas en el futuro. Y con los problemas de la vida cotidiana ya tengo suficiente. A Elsa y

Albert, a los que he mencionado de pasada en páginas anteriores, ya les he cambiado el nombre. Quiero decir que Elsa y Albert en realidad no se llaman Elsa y Albert. La que sí se llama Violeta es la profesora Violeta. Ella debe conservar su nombre real. Digamos que se trata de una deferencia. Y ya se me olvidaba algo no menos importante que la cuestión de los nombres: todos los párrafos de mi novela tendrán más de cinco líneas. Así debe ser.

3. El nombramiento

Al inicio de este curso se ha cumplido uno de mis sueños de adolescencia. Lo he perseguido obstinadamente desde que ingresé en el instituto. Lamentablemente, año tras año dicho deseo se ha escurrido entre mis manos, causándome una frustración y una tristeza que me han agriado el carácter durante una temporada (pero breve, pues soy una persona optimista que no pierde el tiempo con melancolías que no llevan a ningún sitio). He acunado y cultivado ese deseo muchas veces, regodeándome en él como si fuera el centro del universo, y cuando me lo han arrancado de los brazos me he sentido desvalida. Pero después ha llegado la furia. La furia que la profesora Violeta ya conoce. Tengo la extraña capacidad de transformar la tristeza en cólera. Soy una especie de alquimista de las emociones. Supongo que se trata de una transformación positiva, pues la

furia me lleva a la acción. Y lo importante en esta vida es no quedarse paralizado.

Recuerdo la primera vez que intenté ser delegada en primero de la ESO. Apenas llevábamos quince días de clase y nuestro tutor, un profesor muy joven que no se enteraba de nada, nos propuso que presentáramos nuestras candidaturas. Debíamos elaborar un breve programa, que posteriormente presentaríamos oralmente a nuestros compañeros, en el que se expusiesen nuestras propuestas y las razones por las que considerábamos que éramos la persona indicada para representar a nuestra clase y velar por sus intereses. Una tarea nada sencilla que a mí me resultó muy estimulante. Invertí todas mis horas libres de la semana anterior a la exposición oral en diseñar mi programa. Te puedo asegurar que me esmeré mucho, como si me fuera la vida en ello. ¿Qué haces toda la tarde metida en tu cuarto?, me dijo un día mi madre, extrañada de que me hubiese convertido, de la noche a la mañana, en una estudiante incansable (nunca he estudiado demasiado, esa es la verdad). Voy a ser delegada, le contesté yo ingenuamente.

Después de tanto trabajo, por fin llegó el día señalado. Yo estaba convencida de que mi programa era inigualable y de que, por tanto, ganaría las elecciones. Además, me constaba que el resto de aspirantes realmente no se habían tomado en

serio su candidatura. Había un par de niños que no sabían hacer la o con un canuto y que se presentaban para hacer la gracia, una monísima niña de ojos azules que solo hablaba de maquillajes y de revistas musicales, un maleante que durante la primera semana de curso ya había acumulado tres incidencias y, finalmente, un niño regordete con mucha miopía que realmente podía hacerme competencia, aunque, en mi opinión, era demasiado desordenado para lograr la victoria. Por entonces, la mayoría de compañeros que no habían estudiado conmigo en primaria ya intuían que yo pronto me convertiría en la primera de la clase.

Fue bochornosa la intervención del primer niño, que apenas hilvanó dos frases seguidas sin sentido mientras nos escupía sus carcajadas de borrico ignorante. El segundo niño empleó demagogia barata: que iba a conseguir recreos de una hora y cosas por el estilo (aunque, por supuesto, cuando yo se lo reproché después, él no sabía qué era eso de la demagogia). La niña de ojos azules dijo alguna que otra cosa interesante y no paró de atusarse su lindo cabello. Al niño miope, cuyas gafas se deslizaban por su nariz a causa del sudor, se le cayeron las hojas al suelo en varias ocasiones. Cuando le llegó el turno al niño malvado, éste dijo Paso de subir a la tarima, y entonces comenzó a construir aviones de papel que, cuando el profesor joven que no se

enteraba de nada estaba despistado, lanzaba por la ventana. Yo hice mi exposición, breve y concisa, e inmediatamente recibí la felicitación del profesor joven que no se enteraba de nada. Eso era lo peor que me podía pasar. Aunque en aquel momento pensé que ya me había llevado el gato al agua. Con doce años somos seres muy ingenuos.

Las votaciones, despiadadas, me bajaron pronto de la nube. A mí no me dieron ni un punto. Al borrico y al miope tampoco. La niña de preciosos ojos azules se llevó un tercio de los puntos. Y el demagogo ganó por mayoría, a pesar de que, durante la deliberación de mis compañeros, el profesor joven que no se enteraba de nada insistió en que mi intervención había sido la mejor de todas. Todos los profesores de primero de la ESO, que se reunían con relativa frecuencia para hablar de nosotros, sabían que el niño demagogo no era una buena elección. Pero no movieron ni un dedo para cambiar la peligrosa situación. Maldita democracia.

Aquel acontecimiento absurdo me hizo perder parte de la inocencia. Cuando llegué a casa, me pasó lo que me ocurre siempre: primero me inundaron las lágrimas, unas lágrimas que parecían contener cristales que arañaban mi piel. Y después, cuando ya no tenía nada más que expulsar, llegó la furia. Y esa furia la proyecté contra los compañeros que me habían rechazado en favor de un demagogo

y contra los profesores que habían permitido que la democracia, la dictadura de la mayoría, concediese el poder de representación a un alumno que no decía más que tonterías y que, sin duda, terminaría perjudicando a su grupo. Y así fue: todos salimos muy perjudicados de aquella elección imprudente. En cuanto a mí, conseguí tragarme mi furia, contenerla, y solo las personas que estaban muy atentas podían adivinarla en mi mirada.

A pesar de esta mala experiencia, al año siguiente lo volví a intentar. Aunque en aquella segunda ocasión cambié de estrategia. En realidad, se me fue un poco la olla. Me explico: como yo ya era la primera de la clase y sabía que eso no me beneficiaría en las elecciones, decidí dejar de serlo durante un tiempo. ¿Y eso cómo se hace?, te estarás preguntando. Pues es muy fácil: desde el comienzo del último trimestre del curso anterior, dejé de levantar la mano en clase, dejé de hacer preguntas, fallé a propósito en la resolución de varios ejercicios que corregí oralmente en clase y, además, conseguí no sacar más de un seis en todos los exámenes. Esto, curiosamente, me hizo más popular. Aunque no mucho más, todo hay que decirlo. Pero lo cierto es que algunas niñas que antes me ignoraban se hicieron amigas mías. El efecto de mi nueva actitud, la verdad, fue inmediato, como el de un hechizo. Claro que el hechizo preocupó bastante a mis profesores

y a mis padres. Yo no les di explicaciones. Al fin y al cabo, pensaba, aquella mentira terminaría en cuanto me convirtiese en delegada. Pero, aunque yo recibí un buen puñado de votos, aquel segundo año ganó la niña de los ojos lindos, que era ya bastante más mona que el año anterior. Mi gozo en un pozo. Y, como pronto recuperé mi condición de primera de la clase, el año pasado pude contar los votos recibidos con los dedos de una mano.

Ahora mi sueño de ser delegada ya se ha cumplido. Por fin, después de tres largos años, mi perseverancia ha sido recompensada. La elección me pilló por sorpresa. Cuando hace apenas dos meses mis compañeros de clase, los mismos que me habían rechazado tantas veces, comenzaron a votarme de forma espontánea, totalmente convencidos de lo que hacían, algo se tambaleó en mi mente. Yo no podía entender aquella reacción, pues no había hecho nada especial para provocarla. Simplemente, me había presentado a las elecciones y había dicho lo de siempre, incluso con menos entusiasmo y determinación que los años anteriores. Pero el desconcierto no me duró mucho. Pronto deduje lo que había ocurrido. Resulta que, no sé muy bien cómo, durante el verano mi cuerpo y mis facciones se han transformado. Se han ensanchado mis caderas y se ha estrechado mi cintura. Mis hombros y mis clavículas se han estilizado y mi rostro ha

madurado de una forma sorprendente, casi mágica. Siempre he sido una niña moderadamente mona. Pero ahora soy una tía buena. Y, por lo visto, eso era precisamente lo que necesitaba para ganar las elecciones.

Mi triunfo, por tanto, tiene un sabor agridulce. Sí, por fin me he convertido en la delegada de mi clase. Pero me han elegido porque ahora estoy buenísima, porque estoy que me rompo, dicen algunos chicos de mi clase. ¿Quieres que te dé mambo?, me dijo uno antes de ayer. Las chicas también me han elegido, aunque no sabría explicar el porqué. Todo esto me ha hecho llorar bastante. Me he llegado a sentir muy humillada. Y encima ser delegada no era lo que yo esperaba. No sirve de nada. Es un cargo hueco. En mi instituto las cosas no funcionan bien. En cualquier caso, ya no soy la delegada. La amable profesora Violeta se ha encargado de poner las cosas en su sitio. Ahora todo ha vuelto a la normalidad.